

# PRÓLOGO



OXFORD, INGLATERRA

1379

**J**ohn Wycliffe dejó la pluma y se frotó los ojos. La vela casi consumida despedía volutas de humo. Ardería sólo unos minutos más, y era la última. No era aún mediados de mes y ya había agotado su cupo. Como director del Balliol College, de la Universidad de Oxford, le asignaban la cantidad que se consideraba suficiente para la mayoría de los clérigos; para la mayoría, teniendo en cuenta que trabajaban de día y dormían de noche. Pero Wycliffe apenas dormía en las horas nocturnas. Su firme determinación lo sacaba de la cama temprano y lo mantenía alejado de ella hasta muy tarde.

El resplandor anaranjado del brasero de carbón no lograba disipar las sombras del crepúsculo, cada vez más densas en los rincones de sus espartanos aposentos. La vela chisporroteaba y parpadeaba. La muchacha no tardaría en llegar. La enviaría a la cerería, pagando de su propio bolsillo. No quería llamar la atención sobre su trabajo mendigando más velas al administrador o pidiéndolas prestadas a sus colegas.

Al menos, el retraso de la criada le concedía un muy necesario descanso. Tenía agarrotada la mano de sostener las plumas. Le dolía la cabeza de forzar la vista en la tenue luz, y estaba todo entumecido después de tantas horas

inclinado sobre su escritorio. Hasta el espíritu se le había agotado. Como siempre cuando le sobrevinía el cansancio, empezó a poner en duda su misión. ¿Podía ser el orgullo, la arrogancia intelectual, y no Dios, lo que lo impulsaba a realizar una tarea tan colosal? ¿O eran simplemente las intrigas del duque de Lancaster las que lo habían empujado a recorrer ese arriesgado camino? El duque estaba a punto de hacerse con un reino y no sentía el menor deseo de compartir su riqueza con una Iglesia avariciosa. Pero aceptar el mecenazgo de semejante hombre no constituía ningún pecado, razonó Wycliffe, no cuando juntos podían acabar con la tiranía de sacerdotes, obispos y arzobispos. Juan de Gante, el duque de Lancaster, lo haría en beneficio propio; pero John Wycliffe lo haría para salvar el alma de Inglaterra.

La muerte del rey Eduardo había sido una bendición, a pesar de los conflictos políticos surgidos entre los tíos del nuevo rey, aún menor de edad. Un exceso de lascivia se había arremolinado en torno a Eduardo y la mancha del pecado corrompía su corte. Tenía trato con su amante sin el menor recato. Corría el rumor de que Alice Perrers era una mujer de gran belleza, pero Wycliffe la consideraba un instrumento del demonio. ¿Qué artes de hechicería había practicado esa bruja maquinadora para conquistar el alma del rey? Al menos, con la muerte de Eduardo, Alice Perrers había tenido que abandonar el albañal que fue la corte. Ahora Juan de Gante era regente. Y Juan de Gante estaba de su lado.

De momento.

Wycliffe apartó la silla del escritorio. Se acercó a la ventana que daba a Oxford. Abajo se oyeron las voces de los parranderos, estudiantes que, pese a llevar ya demasiada cerveza en el cuerpo, iban todavía a por más. Wycliffe no se explicaba de dónde sacaban el dinero para ese suministro inagotable. Suponía que bebían la más barata, los últimos restos, aunque se necesitaba más de lo que cabría en el estómago de un hombre obeso para producir semejante exceso de euforia. Por un momento casi envidió su inocencia, su licenciosa alegría, su extraña falta de voluntad.

La chica debía de estar al llegar. Ya llevaba una hora de retraso. Se dio cuenta por el color añil oscuro reflejado en la ventana: una ventana con cristal para honrar su cargo. En ese rato habría podido traducir dos páginas enteras de la Vulgata: dos páginas más para añadir al paquete que saldría hacia East Anglia al día siguiente. Estaba satisfecho con el trabajo del iluminador. Sin pecar de recargado, era hermoso, digno del texto. Cuánto detestaba aquellas grotescas ornamentaciones profanas insertadas por diversión en los márgenes —bestias, aves y bufones—, los colores ostentosos, la exuberancia del gremio de París. Además, este iluminador cobraba menos que los maestros de París y, según el duque, podía confiarse en su discreción.

Abajo se oyeron voces, risas, el fragmento de una canción, pero se apagaron gradualmente. Sin duda la muchacha no tardaría en llegar. Esa noche debía seguir traduciendo. Iba por la mitad del Evangelio según San Juan. Las sombras se agitaban en la habitación. Se le cerraban los ojos.

Jesús se había enfrentado a los sacerdotes del templo. Wycliffe podía enfrentarse a un papa. O a dos.

En el brasero, las ascuas de carbón se reacomodaron, susurrándole: «Las almas perecen mientras tú pierdes el tiempo».

Se adormiló ante las brasas resplandecientes.



Joan sabía que llegaba tarde mientras corría escalera arriba hacia los aposentos de maese Wycliffe. Esperaba que él estuviese tan absorto en su texto que no se diera cuenta, pero no había visto la luz de la vela desde la ventana. A veces él apenas se percataba de su presencia mientras ella recogía la ropa sucia, barría el suelo, vaciaba el orinal. Pero con su mala suerte seguro que ese día precisamente lo encontraba de un humor extraño, como ocurría a veces, y le preguntaba por su familia, qué hacían los domingos, si alguno de ellos sabía leer...

No era que le molestase su curiosidad —pese a sus modales abruptos tenía una mirada bondadosa, y cuando

la llamaba «niña» le recordaba a su padre, muerto el año anterior—, pero en ese momento no deseaba hablar con él. Estaba segura de que no podría contener el llanto. Además, él no aprobaría aquello, pensó, toqueteando la reliquia. La llevaba colgada de una cinta prendida del cordel de cáñamo que le ceñía la cintura como un rosario.

Se alisó el pelo suelto bajo la raída gorra de hilo, respiró hondo y llamó suavemente a la puerta de roble. Al no oír respuesta, volvió a golpear, esta vez más fuerte, y se aclaró la garganta.

—Maese Wycliffe, soy yo, Joan. Vengo a limpiar vuestra habitación.

Probó con el picaporte de la puerta y, al ver que no estaba atrancada, la abrió un poco.

—¿Maese Wycliffe?

En la penumbra interior, él dijo con brusquedad:

—Pasa, niña. Llegas tarde. Perdemos tiempo.

—Lo siento, maese Wycliffe. Pero ha sido por mi madre. Es que está muy enferma. Y sólo estoy yo para ocuparme de los pequeños.

Él la observó ir de un lado a otro de la habitación encendiendo las velas provisionales de médula de junco, cuyas llamas parpadearon cuando ella abrió la ventana y tiró el contenido del orinal. Recogió la ropa sucia e hizo un fardo, consciente de la mirada de su señor sobre ella. Nunca tocaba los papeles del escritorio. Eso lo había aprendido por el camino difícil.

—¿Os pongo una vela nueva, señor?

—No, no me quedan más. Por eso te estaba esperando, para que vayas a comprar.

—Dículpadme. Iré ahora mismo.

Joan confiaba en que no informase de su retraso. Sabía Dios cuándo se recuperaría su madre lo suficiente para seguir con su trabajo de sirvienta. Wycliffe, sentado ante la ventana, se volvió hacia ella y levantó la mano para detenerla.

—¿Dices que tu madre está enferma?

—Tiene mucha fiebre. —Contuvo las lágrimas e, incapaz de reprimirse, reconoció—: He ido a la iglesia de Santa Ana para pedirle al sacerdote que rece por ella.

Wycliffe apretó los labios, que formaron una tensa línea por encima del vello gris de su barba.

—Las oraciones del sacerdote no sirven más que las tuyas. Puede que incluso sirvan menos. Es posible que las tuyas procedan de un corazón más puro.

Levantándose, se cernió sobre ella, austero con su sencilla túnica y su gorro de lana, tan estrecho que apenas le cubría el pelo cano que le caía sobre los hombros y se confundía con la barba.

—¿Qué es eso que llevas colgado del cinturón? —preguntó.

—¿Del cinturón, señor?

—Debajo del brazo. Eso que llama la atención precisamente porque intentas ocultarlo.

—¿Esto, señor? —Cogió el objeto en cuestión. Sintió que le ardía la cara. ¿Por qué la mirada penetrante de Wycliffe le despertaba dudas acerca de algo que hacía menos de una hora le había parecido correcto?—. Es una reliquia sagrada —contestó, agachando la cabeza—. Un hueso del dedo de Santa Ana. Debo sostenerlo mientras rezo el padre nuestro. Me lo ha dado el cura.

—Ya veo. ¿Y tú qué le has dado a él?

—Una moneda de seis peniques, maese Wycliffe.

—Una moneda de seis peniques —repitió él con un suspiro, asintiendo con la cabeza, y añadió—: Una moneda de seis peniques de tu sueldo. —Tendió la mano—. ¿Me permites ver esa reliquia *sagrada*?

Joan desató torpemente la cinta prendida de su cinturón y le entregó la reliquia. Él la examinó, frotándola entre el pulgar y el índice.

—Es muy blando para ser un hueso —comentó.

—El sacerdote ha dicho que eso se debe a la dulzura de Santa Ana.

Wycliffe lo sopesó. La cinta escarlata caía como sangre entre sus dedos.

—Es cartílago de cerdo. No beneficiará en nada a tu madre enferma.

—¿Cartílago? —A Joan se le trabó la lengua al pronunciar esa palabra desconocida para ella.

—Ternilla. Es lo que forma la oreja, la cola o el hocico de un cerdo.

¿Ternilla? ¿El sacerdote le había dado una oreja de cerdo para ayudarla en sus oraciones? Le había dicho que se lo dejaba muy barato, por caridad cristiana, que le habría costado mucho más. ¿Ternilla de cerdo para su madre? No pudo contener las lágrimas, que habían estado acumulándose en su interior todo el día. ¿Y ahora qué hacía?

Él le dio su pañuelo limpio y planchado, un pañuelo que ella reconoció de la colada de la semana anterior.

—Escúchame bien, niña. No necesitas la reliquia de una santa. No necesitas un sacerdote. Tú misma puedes rezar por tu madre. Tú misma puedes confesar tus pecados directamente a Dios. Tú misma puedes rezar por tu madre en nombre del Señor. Nuestro Padre que está en los cielos te escuchará si tu corazón es puro. Y luego, después de haber rezado, vete al boticario y compra un remedio para curarle la fiebre.

—No tengo dinero para remedios —dijo entre sollozos.

—Yo te pagaré la reliquia.

Mientras ella se enjugaba los ojos con el ya empapado pañuelo, Wycliffe se acercó a la mesa, donde tenía la bolsa. La cogió y sacó un chelín.

—Toma. Si te sobra algo después de comprar el remedio, gástalo en un pollo para prepararle un caldo a tu madre.

—Maese Wycliffe, no sé cómo agradeceréoslo...

—No debes agradecerme nada, niña. Es lo mínimo que debe hacer tu Iglesia por ti: no robarte. Sólo te devuelvo lo que te pertenece. —Desató el objeto y le dio una palmada en la mano a Jean—. Yo me quedaré con la reliquia. Tú coge la cinta. —Sonrió, y sus severas facciones se suavizaron—. Te quedará muy bien en el pelo.

En medio del alivio, Joan sintió el impulso de abrazarlo, pero la dignidad de él se lo impidió. En lugar de eso, hizo una profunda reverencia.

—Date prisa, antes de que el boticario de King's Lane cierre por esta noche. Vete. Rezaré por tu madre. Y no te costará nada.



Wycliffe no se acordó de las velas hasta que la muchacha se hubo marchado. Tendría que ir él mismo a buscarlas. Pero la noche todavía era joven. Podía traducir varias páginas antes de que lo venciera el cansancio y empezara a cometer errores. Aquel breve sueño lo había revitalizado, y lo que acababa de suceder había contribuido a aumentar su determinación. Cerró la puerta con llave —quién sabía qué miradas curiosas podían rondar por allí—, bajó a toda prisa por la escalera y salió a la calle en busca de luz.

# I



## NORWICH, EAST ANGLIA JUNIO DE 1379



U na. Dos. Tres. ¿Cuántas campanadas? El enano Medio Tom, sin resuello, se dirigía hacia el mercado de Norwich al tiempo que miraba el sol con los ojos entrecerrados y contaba. Doce toques de campana anunciaban a los monjes la sexta. Se los imaginó con sus hábitos negros camino de las oraciones del mediodía, en silencio, las manos metidas en las mangas opuestas, de dos en dos; una larga fila que serpenteaba quedamente por el sendero del claustro, como las anguilas que se abrían paso entre las aguas cenagosas del pantano donde él vivía. No cambiaría su propio santuario verde de sauces y juncos por todas aquellas magníficas y frías piedras.

El camino estaba polvoriento y el sol le abrasaba la espalda. Apretó el paso. Si no espabilaba, el mercado del jueves cerraría antes de que él llegara. El día de Tor<sup>1</sup>: así lo llamaba Medio Tom. Le gustaban los nombres antiguos ensalzados en las historias que había oído de niño, de los tiempos en que los daneses y el buen rey Alfredo se disputaban el dominio de Anglia. Relatos cruentos, algunos,

---

<sup>1</sup> En inglés, *Thursday*, «jueves», deriva de *Thor's Day*, «día de Tor», divinidad escandinava. (N. del T.)

pero repletos de hombres valientes. Héroes, todos ellos. Audaces, fuertes.

Y altos.

Medio Tom nunca había conocido a un héroe de verdad. Según los monjes, existían sólo en los cantos de los viejos bardos. Si los había, no era desde luego en la Inglaterra de Eduardo III. ¿Seguía Eduardo en el trono? Lo preguntaría en el mercado.

Más campanas. Sus estentóreos badajos, estridentes como niños reclamando atención, respondían a las campanas principales de la catedral. Tras las murallas de la ciudad había iglesias por todas partes, construidas por comerciantes laneros con dinero procedente de Flandes. ¿Sobornos a Dios o monumentos al orgullo? Medio Tom pensaba a veces que si el condado de Norfolk tuviese tantas almas santas como iglesias, vería más el cielo y menos el infierno. Sin embargo, sólo conocía un alma santa —sólo una— y no era un héroe, sino una mujer. Había planeado ir a verla ese día, pero andaría escaso de tiempo.

Había salido de los pantanos al rayar el alba con los cestos de mimbre a la espalda y padecido el habitual acoso de peregrinos, ladrones y mendigos en el camino surcado de roderas de Saint Edmund a Norwich. Había exigido un esfuerzo a sus piernas pequeñas y robustas para llegar al mercado semanal antes del mediodía. Las tenía acalambradas en señal de protesta. Le dolían los hombros de acarrear el voluminoso bulto y tenía el ingenio agotado de tanto lidiar con siervos fugitivos y peones que se entretenían acosando a un enano para romper el aburrimiento de su viaje. Un pasatiempo para ellos. Un peligro para él. Ya había entregado dos anguilas y un cesto de cuello alargado con tapa a unos bribones empeñados en usarlo a él como balón.

El pesado bulto que llevaba a hombros se sacudía a cada paso y le rozaba la piel bajo el jubón. Le ardían los ojos a causa del sudor. No vio la cerda y su cría que obstruían el camino hasta que la bestia soltó un gruñido de adver-

tencia. Cuando Medio Tom se apartó de un brinco para evitar este último obstáculo entre él y las puertas de la ciudad, el bulto se ladeó, se rompió la correa y cayó al suelo. El contenido se desparramó por el barro.

—¡Al diablo con el obispo y todos sus cerdos! —maldijo.

La cerda resopló y, agitando el morro, le enseñó los incisivos. Una expresión ceñuda alteró el rostro redondo del enano, que lanzó una patada al aire y se detuvo justo antes de alcanzar el cuarto trasero del animal.

Medio Tom estaba furioso, pero no era tonto.

La cerda, al intentar levantarse, aplastó un gran cesto circular. El enano maldijo de nuevo al oír que se partía el mimbre. El trabajo de una semana destrozado bajo el vientre de una cerda. Toda una semana recogiendo y pelando varas de mimbre, tejiéndolas con delicadeza, con pericia, a pesar de sus torpes manos, para hacer los elegantes cestos de cuello alargado con que atraparía a las anguilas o que cambiaría por una pieza de tela, un saco de harina o, si el día era propicio, una pinta de cerveza. Vanas ilusiones. Con suerte rescataría suficiente género para comprar media ración de harina.

Lanzó un escupitajo a la abominable bestia.

Maldita cerda —era la cerda del obispo, sin duda; lo supo por la muesca en la oreja—, cavando un apestoso agujero allí mismo, en medio del camino principal que conducía a la tercera ciudad más grande de Inglaterra. Revolcándose en sus propios excrementos, viviendo de las sobras de la nobleza y atiborrándose de lo que habría servido de sustento a la progenie de un jornalero durante un mes. Las orejas caídas, de contorno gris claro, se mofaban de él: la sucia mitra de un obispo.

A Medio Tom le rugió el estómago de frustración. El trozo de pan con grasa que había comido antes del amanecer había desaparecido hacía tiempo. Pensó en el estilete que llevaba en la bota y miró a la cría de la cerda. ¿Qué importaba si era propiedad de la Iglesia? Mucha gente opinaba que la Iglesia tenía demasiadas propiedades. Mucha

gente sostenía que un hombre podía rezar por su cuenta, que no necesitaba a un sacerdote. Herejía, lo llamaban otros. Pero Medio Tom reconocía una cosa: podía bendecir un plato de cerdo asado tan bien como un hombre más alto que él, tanto si era benedictino como franciscano.

Además, ¿caso el obispo no estaba en deuda con él por los cestos rotos?

Se enjugó la frente con la manga hecha jirones del jubón y echó una ojeada alrededor. El camino estaba desierto —hasta los mendigos lo habían abandonado para ir al mercado de la ciudad—, salvo por un jinete solitario que se acercaba por el sur. Una simple mancha en el horizonte. Demasiado lejos para ver nada si Medio Tom actuaba con rapidez. Unos oportunos arbustos lo ocultaban de cualquiera que entrase o saliese por la puerta de la ciudad. Detrás de él había la choza de un labrador, pero no se advertía la menor señal de vida, excepto una niña —demasiado pequeña para ser testigo— que jugaba con una gallina en la puerta.

Aun así, robar la cerda del obispo... Sería como cazar furtivamente los ciervos del rey. Como mínimo le caería una temporada en el cepo: castigo especialmente doloroso para un enano, que atraía a más torturadores que los que de por sí acudían. Tal vez incluso la horca si lo pillaban con las manos en la masa.

Se tiró de los malos pelos de la barbilla. La mancha en el horizonte iba cobrando la forma de un caballo y su jinete.

Maldiciendo en voz alta, lanzó otra patada al aire, pero esta vez su zueco de madera alcanzó el flanco de la cerda, y no suavemente, aunque tampoco con fuerza suficiente para satisfacer su malhumor. La cerda se levantó. Medio Tom, abstraído ya en el inventario de sus bienes dañados, no se fijó en ella.

Tampoco se fijó en la niña que, con andar vacilante, cruzaba el umbral de la choza y se dirigía hacia el borde del camino. Por lo general, Medio Tom se llevaba bien con los niños, a quienes atraía por su tamaño infantil; no con los mayores, esos de rostro granujiento que lo atormentaban,

sino con los pequeños. Incluso había llegado a hurgar en su menguada bolsa en busca de un penique para comprarles algún que otro confite de ciruela. Pero en ese momento estaba demasiado distraído por la ira y por la tentación para prestar atención a aquel querubín rubio que lo observaba con sus grandes ojos redondos.

La cría de la cerda —probablemente la menor de la camada, pues Medio Tom no vio a las demás— se levantó y, chillando indignada por la repentina interrupción de su comida, siguió a la madre. Cuando Medio Tom alzó la vista, vio a la niña tender la mano regordeta hacia el cerdito. Le agarró el tentador rabo ensortijado y, sujetándolo con el puño, tiró de él. El chillido del animal se convirtió en un agudo quejido. La niña se rio y tiró más fuerte.

—¡Suelta la cola de ese cerdo! —gritó Medio Tom, dejando un cesto en el suelo—. No...

Pero la cría ya había llamado la atención de la cerda con sus quejidos. Ésta se dirigió hacia la niña risueña con toda la determinación de que era capaz una madre de quinientos kilos. Sus gruñidos de advertencia se sumaron a los chillidos de la cría. Aun así, la pequeña no soltó la cola, pero al ver al animal furioso su risa se convirtió en un gimoteo. Petrificada, siguió aferrada tercamente al rabo del lechón.

La cerda arremetió.

Los gritos de la niña se confundieron con los gruñidos de la cerda mientras ésta derribaba a su presa y la atacaba. A sabiendas de que su cría estaba a salvo —o tal vez olvidándola ante la perspectiva de un festín inesperado y tan tierno—, la cerda, resoplando y babeando, empezó a morder la pierna de la niña.

Medio Tom saltó sobre el lomo del animal, pero habría conseguido mayor efecto una mosca en la ijada de un caballo. Los lamentos de la niña se convirtieron en gritos desgarrados. De un profundo corte en la pierna manaba sangre a borbotones y la carne colgaba a jirones.

La hoja del puñal resplandeció a la luz del sol de la mañana, y la sangre caliente de la cerda le salpicó la cara y

lo cegó. El olor dulce y nauseabundo inundó su nariz. Se enjugó con la manga el rostro ensangrentado e hincó el puñal otra vez.

Y otra vez.

Y otra más.

Y más sangre, que ya no salpicaba, sino que brotaba como cerveza oscura de una espita, hasta que la cerda del obispo quedó en silencio, su cuerpo trémulo, su hocico manchado aprisionando aún la pierna de la niña y un trozo de carne asomando entre los incisivos.

Los gritos de la pequeña cesaron de golpe. Medio Tom la cogió entre sus cortos brazos. No se movía, no respiraba. La sangre goteaba de la herida abierta en la pierna y el pie le colgaba torcido.

No había actuado con suficiente rapidez.

Y había matado a la cerda del obispo en vano.

Miró por encima del hombro. El jinete solitario ya estaba más cerca; oía el chacoloteo de los cascos del caballo. ¿O eran los latidos de su corazón?

El cuerpo de la niña se agarró y estremeció entre sus brazos. ¿Las convulsiones de la muerte? Parecía que el aliento hubiese quedado atascado en su garganta, como una mariposa atrapada pugnando por huir. Advirtió una levísima palpitación en la garganta. Con un nudo en el estómago, Medio Tom la meció vigorosamente. Un ligero movimiento en el pecho, después un grito ahogado, y la niña rompió a llorar, emitiendo un débil sonido que le encogió el corazón.

—Calma, pequeña. No llores, Medio Tom te protegerá. No llores —repitió con voz suave, meciéndola sin cesar. Luego murmuró para sí—: Puede que lo cuelguen por esto, pero te protegerá.

Aunque se le antojaron horas, el episodio duró menos de un minuto. De pronto el enano tomó conciencia de que él, la niña y la cerda muerta a sus pies no estaban solos en el mundo. Una mujer salió de la choza y corrió hacia ellos con los brazos extendidos, la falda ondeando tras ella

como un gran pájaro gris. Cuando vio a su hija, rompió a gritar, sonidos ininteligibles, de dolor, que se retorcían en el aire como las anguilas al escapar de los cestos rotos.



Disfrutando de la cabalgada por el camino principal tras su viaje de dos días desde Thetford a través de espesos bosques y pantanos salobres, Finn no advirtió inicialmente el forcejeo entre el enano, la cerda y la niña. De lejos, el jinete había creído que el enano era un niño con una rabieta. Las verdes colinas, las ovejas pastando, el calor del sol en la espalda, la perspectiva de una empanada de cerdo y una jarra de cerveza antes de recorrer otras veinte millas por la zona norte de Norwich hasta Bacton Wood y la abadía de Broomholm, todo ello se confabulaba para infundirle una falsa sensación de paz.

Hasta que vio a la mujer salir gritando de la cabaña.

Finn espoleó a su cansado caballo con ímpetu suficiente para que el jamelgo prestado se lanzara al galope. Se detuvo sólo el tiempo necesario para ver a la niña herida, la madre consternada, el animal muerto. Sin desmontar, gritó a la mujer, que sostenía en brazos a la niña callada y maltrecha:

—¿Respira?

La madre siguió inmóvil, mirando en silencio a su hija con los ojos muy abiertos y fijos.

—¿Respira la niña? —repitió a voz en cuello.

La mujer, sin contestar, le tendió la niña como si ofreciera un sacrificio a un dios. El pequeño cuerpo parecía inerte. Finn la cogió y se la acercó al pecho, sujetándole el pie con cuidado. La cerda, con sus dentelladas, había partido el hueso justo por encima del tobillo. Tenía la carne muy mutilada, pero había dejado de sangrar. Le pareció detectar los tenues latidos del corazón.

El enano dio un paso adelante.

—Estamos a tiempo de salvarla, mi señor, todavía no se ha puesto azul. Pero debéis daros prisa. Conozco a una santa

que vive en la iglesia de San Julián, cerca del priorato de Carrow. Atenderá a la niña y rezará para que suceda un milagro. Es la anacoreta de la iglesia de San Julián. Cualquiera os indicará. Preguntad por la madre Julián.

—No hay tiempo de buscar el camino —dijo Finn.

Y antes de que el hombrecillo acabase de declarar que no deseaba entrar en la población —Finn enseguida adivinó el motivo: también él había reparado en la muesca en la oreja de la cerda muerta, la ropa del enano y el puñal manchado con sangre del animal—, el jinete lo subió al caballo y partió hacia las puertas de la ciudad.

—Luego, cuando la niña esté a salvo, volveremos a por ti —gritó Finn por encima del hombro a la mujer, que se quedó mirándolos como si se hubiera convertido en piedra.

Entraron en la ciudad al galope y estuvieron a punto de embestir a un carro cargado de cubas en el primer cruce. El enano señaló hacia la derecha. Finn espoleó el caballo en esa dirección. Le dolía el brazo de sostener a la niña con cuidado para amortiguar las sacudidas del caballo. Le lanzaba breves miradas, pero continuaba inmóvil como una muñeca. Rezó para que aún conservara un atisbo de vida.

—¡En la calle Real y el camino de Ruán! —le gritó el enano al oído, aferrado a él como si en ello le fuera la vida, estrechándolo con tal fuerza que a Finn se le hincaba su propio cinto en los costados.

Finn refrenó el caballo delante de una pequeña iglesia de pedernal. Cuando se dirigía ya hacia las macizas puertas de madera, el enano gruñó y señaló una pequeña choza adosada al muro lateral de la iglesia, poco más que un cobertizo. Finn enseguida identificó la austeridad propia de una ermitaña, vinculada a la iglesia pero sin pertenecer a ella. En dos zancadas atravesó el jardín de hierbas medicinales y se acercó al portal exterior, abierto a ese mediodía de verano.

Del interior les llegó la voz monótona de una mujer que parecía repetir una letanía:

—Si queréis ver a la anacoreta, tenéis que dar la vuelta y entrar por la antesala del otro lado. Llamad a la ventana, y si no está rezando, descorrerá la cortina.

Finn agachó la cabeza y, sosteniendo todavía a la niña con el brazo ya entumecido, entró en la habitación pequeña y desnuda. Cuando se disponía a decir a aquella mujer de escasa estatura y caderas anchas, inclinada sobre el fuego en el centro de la estancia, que no tenía tiempo para el protocolo sagrado, ella se volvió. Fruncía el entrecejo y era obvio que ya tenía unas palabras de reprensión en la punta de la lengua, pero su mirada se posó en la niña que Finn sostenía en brazos.

—Traedla aquí —ordenó, señalando una ventana con un marco ancho que daba a la habitación contigua. Retiró rápidamente una jarra de leche y un plato sucio.

Finn adivinó que estaba en la habitación de la criada, en la vivienda de dos espacios, y que el antepecho de esa gran ventana era la mesa por la que la criada pasaba la comida a la santa. También había una pesada puerta de madera que separaba las dos habitaciones. Estaba atrancada por el lado de la criada.

—Madre Julián, tiene...

El rostro de una mujer con griñón y velo asomó por la ventana y, sin esperar explicación alguna de por qué habían interrumpido su soledad, tendió las manos para coger a la niña.

—Alice, deprisa. Tráeme agua y trapos limpios. Y machaca raíces de hierba sarracena para un emplasto.

Finn la observó por la ventana. La anacoreta acostó a la niña en un camastro que, junto con un escritorio de tablero inclinado, constituía el único mobiliario de la habitación. La madre Julián, como la había llamado el enano, era una mujer menuda de unos treinta años, aunque resultaba difícil saberlo porque iba tapada de pies a cabeza con una tela basta, y el velo y el griñón sólo dejaban ver su cara. Con unos ojos brillantes y hundidos, su rostro habría podido considerarse adusto de no ser por su apacible expresión. Tenía una voz grave y

melodiosa, como el sonido del viento a través de una flauta. Canturreaba dulcemente un arrullo para tranquilizar a la niña, que se movía, a veces gimoteando, como en sueños.

Hasta ese momento Finn no había tenido tiempo para poner en duda la sugerencia del enano, pese a que era escasa su fe en las ermitañas santas y en sus oraciones, así como en las reliquias sagradas, los dispensadores de indulgencias plenarias y los sacerdotes que mediaban por la Iglesia. Pero le inspiraban todavía menos fe los pretenciosos doctores de la universidad, entre los cuales muy pocos estarían dispuestos a manchar sus túnicas académicas con la sangre de una niña campesina. Mientras los veloces y eficaces dedos de Julián curaban la herida, limpiándola delicadamente con el jugo de la consuelda molida y luego aplicando un emplasto para soldar el hueso, se alegró de su elección.

El enano, que no veía porque la ventana era demasiado alta, iba de un lado al otro, moviendo las pequeñas piernas rítmica y silenciosamente, dirigiendo rápidas y nerviosas miradas hacia el portal exterior.

—¿Vivirá la niña, madre Julián? —gritó Medio Tom para que su voz llegara al otro lado de la ventana.

Julián se apartó de la niña dormida para acercarse a la ventana y miró hacia abajo.

—No puedo decirlo, Medio Tom. Está en manos de Dios. Sólo Dios sabe lo que es mejor para esta pequeña. El hueso se soldará, pero si el animal que la atacó estaba enfermo... En este caso debemos confiar en la voluntad del Señor. Como siempre.

Finn quedó cautivado por su sonrisa. Era amplia, lo abarcaba todo, como un rayo de sol al atravesar una nube.

—Dad la vuelta por fuera y acercaos a la ventana de suplicantes. Mi criada teme que vuestra presencia aquí ponga mi reputación en entredicho. Así podremos hablar mejor y tú, Medio Tom, podrás ver también a la niña.

Finn salió al patio de la iglesia y volvió a entrar por la pequeña antesala situada en el lado opuesto de la ermita de

la madre Julián, que resguardaba de los elementos a las visitas mientras conversaban por la ventana. Ésta era más estrecha que la de la criada, pero lo bastante ancha para permitir hablar, aunque apenas dejaba ver el interior de la «tumba» de la anacoreta. La cortina estaba totalmente descorrida. Medio Tom se sentó en el taburete de las visitas y Finn se quedó de pie junto a él, un poco agachado para que la anacoreta pudiera verlos a los dos mientras atendía a la niña.

—Ha sido la cerda del obispo —dijo el enano.

—Un crimen por el que el animal ya ha pagado, gracias al valor de mi compañero —añadió Finn—. Si la niña sobrevive, debemos agradecerérselo a Medio Tom. Y a ti, hermana. Pero por lo visto ya os conocéis muy bien.

La niña se movió. La anacoreta le rozó la frente con los labios, le acarició el pelo y de nuevo canturreó una mezcla de nana y oración. Cuando su paciente volvió a callar, respondió quedamente:

—No soy ninguna *hermana*, sino simplemente Julián, una humilde ermitaña que busca a Dios. Medio Tom viene a verme los días de mercado y me trae algún regalo de las aguas. En esas ocasiones, Alice y yo comemos bien.

El enano se sonrojó.

—Hoy no tengo ningún regalo, señora —murmuró—. La maldita cerda del obispo...

—Mi querido amigo, me has traído un regalo maravilloso. Me has traído a esta niña para cuidarla, otro ser con el que puedo compartir el amor de Dios. Te estoy agradecida, y a vos también, señor...

—Nada de señor. Llámame Finn.

—Finn —repitió ella—. Tienes el corazón tierno pero los modales de un soldado. ¿Has luchado en las guerras contra Francia?

Finn se sorprendió de su perspicacia y franqueza.

—No desde 1360. No desde el tratado de Brétigny. Estos últimos diecinueve años he sido un hombre de paz.

–Se abstuvo de añadir: «Desde el nacimiento de mi hija, desde la muerte de su madre.»

–¿De modo que no te unirás a la causa del obispo, no te alzarás en armas por el Santo Padre de Roma contra el usurpador de Aviñón?

–No lucharé por el obispo ni por ninguno de sus papas.

–¿Ni siquiera por una causa sagrada, en una guerra santa?

–No existen las guerras santas –contestó Finn.

Le pareció ver aprobación en el brillo de su mirada, en la ceja enarcada.

–Salvo en la mente de los hombres –puntualizó la anacoreta.

Tapó a la niña dormida con una manta y luego se limpió de las manos el unguento que había aplicado en la herida.

–¿Puedes ir a buscar a la madre de esta niña, Finn? No hay nada que sustituya la capacidad de curar de una madre. De todos los sentimientos terrenales, es lo que más se parece al amor del Señor por nosotros.

–Claro, anacoreta. He prometido a la madre que volvería a por ella. Ahora mismo voy.

–Medio Tom se quedará conmigo hasta que Alice le encuentre ropa limpia. Rezaremos por la niña y por su madre. Y por ti.

–Sí, señora. –Medio Tom se miró la sangre seca en la palma de las manos–. Y yo también rezaré para que el obispo no se entere de quién mató a su cerda.

Finn se habría reído del tono irónico del enano si no hubiese sabido lo grave que era su situación. Dependería de la misericordia del obispo, cualidad por la que Henry Despenser no recibía grandes elogios. Un enano de las zonas pantanosas, que se ganaba la vida con la tierra y el agua, enfrentado a uno de los hombres más poderosos de Inglaterra. Despenser lo aplastaría como a una mosca, quizá incluso le arrebataría la vida en compensación por la cerda muerta.

La anacoreta alzó la vista hacia la ventana.

—No temas, Tom. El Señor es un juez muy superior al obispo y Él ve el interior del corazón.

—Sólo espero que esté prestando atención —masculló Medio Tom.

Finn apoyó la mano en el hombro del enano.

—Amigo, ¿te ofenderías si acudiera al obispo y me atribuyera el honor de salvar a la niña? Tengo cierta relación con el abad de Broomholm. Eso sin duda añadiría peso a una argumentación razonada.

Finn no supo si veía malestar o alivio en su rostro. Una mezcla de lo uno y lo otro, seguramente. Pero tras una breve vacilación, el miedo venció al orgullo.

—Estaré en deuda contigo —dijo. No parecía que la idea le hiciese muy feliz—. Durante el resto de mi vida o de la tuya, la que acabe primero.

La anacoreta dio las gracias a Finn con la mirada.



Con la ayuda de Alice, Finn se despojó de la túnica ensangrentada y se limpió las manchas de la camisa. No quería angustiar a la madre con la visión de sangre.

La mujer seguía de pie junto al camino esperando. Daba la impresión de que no se hubiese movido en todo ese tiempo.

—Tu hija vive. Te llevaré a su lado —anunció Finn, y le tendió la mano.

Ella, sin contestar, se aupó a la grupa del caballo.

—Agárrate a mi cintura —aconsejó él.

Mientras cabalgaban, Finn percibió el olor del miedo en la mujer, acre y penetrante, mezclado con el hedor de la grasa rancia y el humo del fuego con que guisaba en la choza. Pensó en las palabras de la anacoreta sobre el poder del amor de una madre. Su propia hija nunca había conocido ese amor. Pero él la quería. ¿Acaso no había satisfecho todas sus necesidades? A veces tenían que alquilar otro carruaje sólo para llevar sus rasos y encajes. Pero la anacoreta había dado

a entender que, de un modo misterioso, el amor de una madre era mayor que el de un padre. En otras circunstancias lo habría discutido acaloradamente. La protección y el bienestar de Rose guiaban cada una de sus decisiones. Ningún padre podría ser más abnegado. Se lo había jurado a Rebekka en su lecho de muerte. Y lo había cumplido.

Espoleó el caballo. El día avanzaba rápidamente y aún no había encontrado alojamiento. A Rose, albergada en Thetford al cuidado de las monjas, no le gustaba separarse de él. Finn había prometido encontrar un lugar para los dos ese mismo día, pero ya no tendría tiempo.

¿Se había precipitado al ofrecerse a asumir la culpa del enano? Era verdad que estaba bien relacionado y su reputación merecía respeto, pero él tenía sus propios secretos, secretos que no le granjearían el favor de ciertas personas. Y debía pensar asimismo en el asunto de los papeles. Por lo menos tenía que entregarlos antes de ir a ver a Henry Despenser, lo que retrasaría su encuentro con el abad de Broomholm y significaría otra noche en la posada, pero era inevitable. Si se hallaban los textos iluminados en su poder, el obispo se predispondría en contra de él, se mostraría más remiso a aceptar que el sacrificio de la cerda había sido la única acción razonable. Incluso podía suponerle el fin de la protección del abad.

El seto que bordeaba el campo a su derecha proyectaba una breve sombra. Tras llevar a la madre junto a su hija, tendría tiempo para encontrar un mensajero que llevase los papeles a Oxford. No mandaría a buscar a Rose hasta haber resuelto este asunto con el obispo. La situación podía complicarse.

A sus espaldas, le pareció oír el llanto de la madre de la niña.